

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Vecinos y ciudadanos, las asambleas barriales en Córdoba.

Audisio, Julio César y Bútori, Ma. Gabriela -
Quiroga Laura.

Cita:

Audisio, Julio César y Bútori, Ma. Gabriela -Quiroga Laura (2005). *Vecinos y ciudadanos, las asambleas barriales en Córdoba. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/668>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

X°JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTO DE HISTORIA

Título: Vecinos y ciudadanos Las asambleas barriales en Córdoba.

Mesa Temática: N° 70 "Historia sociocultural de la democracia política en Argentina, siglos XIX y XX".

Coordinadores: Gardenia Vidal (UNC) - Pablo Vagliente (UNVM)

Pertenencia institucional: Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

Autores: Audisio, Julio César, Butori Bonini Ma. Gabriela, Quiroga Laura.

Hualfin 552 Dpto. 4 B° Alberdi, Córdoba. Te: (0351) 4809345

E mail: gabybutori@yahoo.com.ar o laurakuiroga@argentina.com

Nuestro trabajo de tesis se denomina: VECINOS Y CIUDADANOS: LAS ASAMBLEAS BARRIALES EN CÓRDOBA. Esta investigación se realizó en la Escuela de Ciencias de la Información de la Universidad Nacional de Córdoba. La misma investigó, a través de un estudio de caso, la acción colectiva en un nuevo espacio público de participación ciudadana durante los años 2002 y 2003, como fueron las asambleas barriales, surgidas luego de la crisis institucional que sufrió nuestro país en diciembre de 2001. Entendemos a estas agrupaciones como una acción colectiva, como un ámbito de socialización y contención para los ciudadanos excluidos de sus anteriores ámbitos de participación. Dimos cuenta del surgimiento, funcionamiento y desmoronamiento en base a la organización interna de la agrupación y además de la coyuntura política de esos años. Analizamos los procesos y los métodos por los cuales un grupo de vecinos de barrio San Martín de la Ciudad de Córdoba Capital, a partir de sus intereses y necesidades construyeron este nuevo espacio público de acción colectiva y participación. Nuestro objetivo más

amplio, sobre el cual avanzaremos en esta presentación, es valorar si este espacio dotó de un sentido alternativo a la práctica ciudadana y su incidencia sobre la participación en asuntos públicos, y sobre la conformación de normas de conducta colectiva que permitan la conformación de organizaciones perdurables en el tiempo.

Los ciudadanos argentinos vivieron la transición democrática a partir de 1983 con buenas expectativas, ya que éstas estaban relacionadas principalmente con los beneficios que comenzaban a vislumbrarse a partir de la inclusión en el ámbito político, y que se harían extensivos a los ámbitos social y económico. Sin embargo, el sistema político y sus instituciones paulatinamente dejaron de dar respuestas a las necesidades y reclamos de una parte importante de los ciudadanos. En 1985 el consenso de Washington bajó las premisas para Latinoamérica, este traspaso al modelo liberal generó confusión política y desorganización debido a la retirada del estado de su participación en la producción, regulación y distribución. Entonces la política dejó de ser la búsqueda del bien general, perdió sus objetivos y realimentó el fenómeno de descreimiento, extrañamiento y desprestigio de las funciones del Estado como proveedor de servicios, benefactor de los desposeídos y regulador de los actores económicos. Este proceso –según Cavarozzi- abarcó tanto a la economía y a la política como a los actores e instituciones que debían articular y procesar las demandas e intereses de los distintos sectores de la sociedad y a su vez traducirlos en alternativas de políticas públicas (1997:121). Se agudizó la devaluación de la política y se generaron condiciones para la gestación de un consenso alternativo al estado-centrismo, entre amplias capas de la población, que se mostraron proclives a apoyar las reformas de mercado. El achicamiento del Estado produjo conmociones debido a la disolución total o parcial de sus acciones, lo que fue desarticulando, los mecanismos de integración económica, política y social. Se erosionó el papel que jugaba la política en la organización y el sentido de múltiples dimensiones de la vida cotidiana de los argentinos. La sociedad se reconoció como víctima del poder estatal, lo que se materializó en una actitud de distanciamiento generalizado hacia sus instituciones. Algunos ciudadanos se alejaron cada vez más de las formas y estructuras tradicionales de hacer política, debido a que éstas no

contemplaron sus derechos, de esa manera, comenzó a producirse, por extensión, un cuestionamiento de las formas en que la democracia asume la representación y la legitimidad.

El cuestionamiento hacia el sistema democrático actual, según plantea O' Donnell, se desprende de que en nuestro país existen prácticas y concepciones acerca del ejercicio de la autoridad política que son más acordes con la democracia delegativa que con la representativa, es decir, democracias no institucionalizadas (O' Donnell 1997:288). Las democracias delegativas se basan en la premisa de que la persona que gana la elección presidencial está autorizada a gobernar como crea conveniente, sólo restringida por las relaciones de poder existentes y por la limitación constitucional del término de su mandato. La representación incluye necesariamente un elemento de delegación: por medio de un procedimiento una colectividad autoriza a ciertos individuos a hablar por ella y, con ciertas salvedades se compromete a aceptar lo que decida el representante. En estas democracias "luego de la elección se espera que los votantes delegadores vuelvan a ser una audiencia pasiva pero complaciente de lo que hace el presidente". Según Arblaster (1991:99) la idea de democracia y sobre todo la delegativa, en las sociedades modernas, en muchos casos queda restringida a la elección de un gobierno entre elites en competencia. Esto se reflejó en la mayoría de los ciudadanos que identificó a la política con una política de intereses particulares y la consideró separada de los asuntos cotidianos. Esta situación se agravó debido a la ausencia de herramientas –instituciones en términos de O'Donnell– que permitieran a la ciudadanía controlar el desempeño de sus representantes mientras desarrollaban sus funciones, lo cual posibilitó que los representantes muchas veces negaran a sus representados como un interlocutor, al no atender sus demandas y reclamos. Ejemplos como estos son las movilizaciones callejeras, la recolección de firmas para la revocatoria de algún funcionario público etc., que a pesar de ser formas de protestas legítimas, han sido ignoradas y desestimadas por los representantes. De esta manera, las decisiones se produjeron de arriba hacia abajo, sin considerar los intereses y necesidades de los representados. Al cuestionar el actual sistema de representación democrática, la sociedad civil, se separa cada vez más de un Estado que ha

dejado de ser regulador, protector y que entendía a la política como la búsqueda del bien general. Este proceso dio como resultado que la intervención ciudadana en la política se circunscribiera al sufragio universal, que otorga un papel bastante pasivo a los ciudadanos. Si tenemos en cuenta los últimos resultados electorales (octubre de 2001) se puede deducir que la clase política no atiende la expresión de los ciudadanos. Esto se evidencia, a partir de que, si bien, el voto en blanco se posicionó como tercera fuerza la clase política hizo caso omiso a la insatisfacción de los ciudadanos.

Esto se evidencia en la actual democracia delegativa que no ha mostrado progresos institucionales ni ha sido muy efectiva en el tratamiento de la crisis social y económica.

La ciudadanía consiste esencialmente en asegurar que cada cual sea tratado como un miembro pleno de una sociedad de iguales. Marshall (cit. en Kymlicka y Norman 1997:8) plantea que la manera de asegurar este tipo de pertenencia consiste en otorgar a los individuos un número creciente de derechos de ciudadanía. Ésta hace referencia a un estatus que provee a los individuos de una comunidad derechos en tres ámbitos: civil, político y social. El primero se refiere a la libertad individual (de palabra, pensamiento, propiedad, religión, posibilidades, etc.). Los derechos en el ámbito político involucran el derecho a participar en el ejercicio del poder político, como representante y como elector. Finalmente, los derechos sociales remiten a un criterio de bienestar económico y seguridad, a tomar parte de la herencia social, de acuerdo a estándares reconocidos en la sociedad.

Las políticas neoliberales que paulatinamente cercenaron cada vez más los derechos sociales ocasionaron descontento e insatisfacción en la sociedad provocando la exclusión de los ciudadanos de los ámbitos de participación política tradicionales. Ésta se traduce en una pérdida de legitimidad de la clase política lo que se evidencia en la desconfianza de los ciudadanos hacia la clase gobernante y en la indiferencia hacia la participación política electoral y sus resultados. De esta manera, la política, al estar identificada como ajena a la búsqueda del bienestar general, genera el descreimiento de los ciudadanos, lo que lleva a una devaluación de la misma.

Profundización de la crisis.

Durante el gobierno de la Alianza aparecieron problemas que fueron debilitando su gestión. El caso extremo fue la acusación de sobornos del senado para la sanción de la ley de reforma laboral. Esta situación desembocó en una crisis institucional que se agudizó con la renuncia del vicepresidente Carlos Álvarez, lo que provocó la pérdida de legitimidad del gobierno. A causa de la recesión económica y acentuando la crisis institucional se sucedieron tres ministros de economía: Machinea, López Murphi y Cavallo. El senado aprobó un recorte del 13% en los salarios y pensiones públicas, de manera que los ciudadanos se vieron despojados de sus derechos frente a las medidas de abuso por parte del estado lo que generó un sentimiento de disconformidad, desprotección y pérdida de la dignidad. El malestar de la mayoría de los ciudadanos hacia las medidas del gobierno empezó a hacerse sentir, sobre todo cuando las mismas siguieron afectando la vida cotidiana de los argentinos. El ministro de economía, Cavallo, dispuso restricciones al retiro de dinero de los bancos nacionales y extranjeros – corralito – y decretó una bancarización forzada que se impuso a pesar del rechazo generalizado en gran parte de la población.

A partir de esta crisis político institucional, signada por una recesión económica y una crítica situación social, se generó la oportunidad política para que los ciudadanos, sintiéndose actores, irrumpieran en el espacio público marcando lo que fueron las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, las cuales dieron comienzo a la organización de diferentes espacios ciudadanos. Estas protestas que propiciaron la renuncia del presidente De la Rúa fueron un punto de inflexión para los ciudadanos que obtuvieron resultados inmediatos a través de la movilización, aunque les fue necesario recurrir a acciones populares como las movilizaciones callejeras, los cacerolazos, etc. porque no encontraron formas legales que permitieran controlar a los mandatarios en el transcurso de su gobierno.

Un elemento importante para la salida hacia la vida pública fue el papel que jugaron los medios masivos de comunicación, estos fueron la principal fuente de información sobre los actos del gobierno y las políticas económicas que se implementaron. Es decir, que en cierta medida colaboraron con la identificación

de las situaciones de injusticia Gamson (1995:85-106) y, en un mediano plazo, con los responsables de las mismas, generando condiciones para la identificación de colectivos diferentes. También, por la forma en que presentaron las informaciones de las protestas del 19 y 20, tuvieron cierto protagonismo durante esta jornada. Al presentar positivamente los cacerolazos y a sus protagonistas, legitimaron la protesta y estimularon, en algún aspecto, la salida al espacio público de nuevos ciudadanos que hasta entonces habían permanecido expectantes. Las informaciones que transmitían los medios incentivaron a algunos vecinos de barrio San Martín a imitar la protesta.

En referencia al **surgimiento** de esta asamblea en particular, destacamos que la mayoría de los vecinos que la conformaron comenzó a participar porque la coyuntura política y económica no brindaba respuestas a sus necesidades. Uno de los detonantes de la acción colectiva es que las personas, como mínimo, se sientan agraviadas por una situación determinada, es decir, que es necesario el “componente de injusticia”, dicho componente se activa cuando los ciudadanos identifican a los responsables de su “sufrimiento inmerecido” (en este caso el gobierno y los políticos) y ante el reconocimiento de los mismos aparece un sentimiento de “ira” que promueve la acción de protesta, es decir la voz. Además, este componente refiere a la indignación moral, expresada en forma de conciencia política. A partir de allí, las personas comienzan a creer que la acción colectiva puede contribuir a solucionar esa situación. Se utiliza este recurso para comunicar a otros la necesidad de reparar o mejorar una relación, expresando quejas, inconformidades y propuestas de mejoramiento. La reacción de voz, según Hirshman (1981:80), pertenece al dominio público, ya que se relaciona con la expresión y canalización de opiniones, críticas y protestas.

Es necesario aclarar, que el costo de la voz para un miembro individual, en materia de tiempo y esfuerzo a menudo superará todo beneficio concebible. Además, el éxito de canalizar voces individuales requiere que los miembros se unan, de modo que la formación de la voz depende de una organización capaz de llevar adelante una acción colectiva. Es decir, que en un comienzo estos vecinos ante las diferentes situaciones de injusticia decidieron actuar movilizándose en el espacio público para protestar y reclamar la restitución de

sus derechos, optando por la reacción de la voz se encontraron con otros en su misma situación, “no es simplemente que yo estoy afectado sino que nosotros estamos afectados”; a partir de este encuentro se sintieron capaces de lograr algún cambio y desde allí comenzaron a construir el espacio de la asamblea y su identidad colectiva. El “componente agencia” hace referencia a la conciencia de que es posible alterar condiciones o políticas a través de la acción colectiva, dicho componente permite que la gente se defina como agentes potenciales de su propia historia. Faltando alguna de estas dos percepciones resulta improbable que las personas se movilicen aunque cuenten con la “oportunidad” de hacerlo. Estos vecinos durante un mes y medio reforzaron la voz colectivamente, protestando a través de los cacerolazos, lo que luego derivó en la construcción de un ámbito que los contuvo para comenzar a realizar cambios en la comunidad barrial. Con la conformación de este espacio se potenció el sentimiento de agencia que fue necesario para esta acción colectiva. Las oportunidades políticas sólo son uno de los requisitos necesarios para las acciones colectivas, la existencia de estructuras de movilización u organización y de referentes compartidos o marcos facilitan el proceso de la acción colectiva. Cuando hablamos de estructuras de movilización nos referimos a los “canales colectivos tanto formales como informales, a través de los cuales la gente puede movilizarse e implicarse en la acción” (Mc. Adam y otros 1999:24)

Quiroga (1995:133) sostiene que mediante el impulso de una política participativa, los ciudadanos dejarían de ser meros espectadores de la toma de decisiones, para transformarse en activos participantes. Debido a ello, la repolitización del ciudadano pasa por la reconstitución de un espacio público, que reafirme el principio de los derechos del hombre y de su ampliación a los derechos sociales. Además, esto conduce a la reivindicación de la autonomía individual y del principio de la dignidad humana. El espacio público es un ámbito con pluralidad de voces donde los hombres comparten palabras y actos. Además, la participación en él no exige la presencia de todos sino de una cantidad de personas que interactúan a la vista y al oído de otras y que prohíbe el anonimato. Sin embargo, no es necesariamente un ámbito de decisión aunque todo lo que allí acontezca puede significar caminos en esa dirección.

Esto confirma nuestra primera hipótesis, ya que estos vecinos se sintieron excluidos de los ámbitos políticos de contención, agravado por la falta de

respuestas desde el Estado y por eso buscaban conformar un ámbito de contención e inclusión diferente, a partir de prácticas democráticas transparentes en repudio a la corrupción y al extrañamiento del sistema político.

El espacio de la asamblea fue un intento de reconstrucción de los lazos de solidaridad que habían sido desarticulados a partir de las políticas neoliberales implementadas en el país desde 1976. Uno de los elementos más importantes para los asambleístas fue la recuperación de la solidaridad entre los miembros de una comunidad, lo que se refiere a una práctica anclada en la identificación de los “otros” que sufren como “uno de nosotros”. De esta manera comenzó a conformarse una incipiente identidad del grupo y el sujeto pasó a ser un agente colectivo, esto implicó ser parte de un “nosotros” que puede hacer algo. Esto nos remite al concepto de procesos enmarcadores que de acuerdo con Mc. Adam (1999:27) son “los esfuerzos estratégicos conscientes realizados por grupos de personas en orden a forjar formas compartidas de considerar el mundo y a sí mismas que legitimen y muevan a la acción colectiva”, es decir, que contribuyen a compartir representaciones que los unen y los hacen iguales.

En cuanto al **funcionamiento** de este espacio, los asambleístas establecieron que sus relaciones se guiarían por el mecanismo de horizontalidad, y de esa manera se extendió a la organización del espacio en oposición a la forma verticalista de las instituciones tradicionales. Aunque este mecanismo impidió establecer una estructura de autoridad que hiciera respetar los acuerdos y pautas necesarios para que el trabajo colectivo diera resultados positivos. Los asambleístas no comprendieron que establecer encargados responsables de hacer cumplir las actividades no hubiese afectado la relación de horizontalidad entre ellos. Pensaban que cualquiera que se erigiera en ese rango tomaría una actitud autoritaria o de mando, y por ese temor a romper la horizontalidad, no idearon mecanismos que establecieran responsables sin perjudicarla; no consideraron, por ejemplo, la posibilidad de establecer un mecanismo de rotación que permitiera a todos los asambleístas ocupar ese lugar. Según Douglas North (1993:24) un elemento esencial para la permanencia de organizaciones que concreten acciones colectivas es la presencia de conductas cooperativas entre sus miembros. Considerando su postura entendemos que “se logra una conducta cooperativa cuando la acción

colectiva se repite en el tiempo”, es decir que existe una interacción constante entre sus participantes, y se consigue más fácilmente cuando el grupo es pequeño y todos sus integrantes tienen información recíproca sobre las preferencias de los demás.

Entonces, en toda acción colectiva se ponen en juego intereses individuales e intereses grupales, y esto lleva a una caracterización específica acerca de los intereses de los sujetos participantes en la acción. Por un lado, aparecen aquellas acciones que se enmarcan bajo una lógica de autorrealización y placer en la participación pero que también pone un interés especial en el resultado de la acción colectiva como tal (Gamson 1995:85). Por otro lado, aparece una acción racional individual, que busca un bienestar personal y la satisfacción inmediata de intereses particulares. Esto se traduce en un obstáculo que se interpone en toda acción cooperativa que se evidencia en el problema del oportunista. Eggertsson (1995:70) lo define como aquel que con su conducta oportunista individual espera gozar de los mismos beneficios que gozan aquéllos que se comprometieron en un objetivo

Surge entonces el problema de cómo conciliar esos dos principios aparentemente contradictorios: el individualismo y el cooperativismo.

Para que toda acción colectiva permanezca en el tiempo, además, debe sustentarse en una organización con determinados **objetivos y logros**, lo cual implica la existencia de un grupo de individuos organizados y relacionados con una identidad común, forjada por marcos, objetivos y reglas de juego compartidas. Para controlar ese comportamiento, que pretende beneficiarse a costa del esfuerzo de otros, lo mejor es que la organización pueda llevar un control de sus miembros que incluya sus niveles de compromiso, su participación efectiva, de modo que se pueda comprobar su conducta acorde con una actitud cooperativa antes que individualista, teniendo en cuenta que en muchos casos la organización bregará por la obtención de bienes de carácter indivisible (por ejemplo una ley, una obra pública, una rebaja de impuestos, etc.). Ese control se puede lograr a través del “monitoreo” que ejerce la organización por sí y ejercen los miembros recíprocamente y que incluye desde las posibles sanciones económicas y/o morales contra quienes no colaboran, hasta métodos más sutiles pero de compleja aplicación para disminuir su disfrute.

Entonces, para que el funcionamiento de la organización fuera óptimo hubiese sido necesario pautar reglas claras que determinaran las responsabilidades que tendría cada uno de los participantes en el momento de realizar las tareas y designar una persona con el atributo de monitorear para luego sancionar o premiar de acuerdo al cumplimiento, o no, de las responsabilidades asumidas por cada uno. Esta ausencia de control permitió comportamientos oportunistas y actitudes poco comprometidas, ambas conductas perjudicaron y, en cierta medida, llevaron al fracaso de las actividades propuestas. Observamos una contradicción, porque si bien, muchos asambleístas requirieron los resultados de algunas actividades, en la práctica no se comprometieron con la participación y mostraron actitudes irresponsables para el quehacer colectivo. Un ejemplo claro de esto fue la feria vecinal solidaria que, con un año de duración, representó un logro por el éxito en la convocatoria de vecinos y por su permanencia en el tiempo. Ésta fue la única actividad que contó con un reglamento y coordinadores encargados de controlar a los participantes, pero tampoco evitaron, en muchos feriantes, la falta de compromiso con las actividades de la asamblea.

La asamblea realizó escasas evaluaciones de las distintas actividades, y no reflexionó sobre la necesidad de designar una autoridad que propiciara la realización de las actividades. Un ejemplo de lo anterior lo constituye el no haber considerado que el logro de la feria se debió a la presencia de un reglamento y de coordinadores, y que el fracaso de las otras actividades correspondió a la ausencia de estos; lo que hubiese sido propicio para intentar revertir estos comportamientos.

En lo que respecta a las actividades de la asamblea, aquellas que fueron ideadas para convocar la participación de los vecinos y sumar nuevos asambleístas, fueron también una manera de retener a los participantes que comenzaban a alejarse de la asamblea.

En lo referente a la intención de convocar a los vecinos a la participación, para hacerse cargo colectivamente de la solución de sus problemas, no lograron este objetivo debido a que la mayoría de ellos, consideró a la asamblea como un espacio que realizaba prácticas asistencialistas. Esto se debió a que resulta difícil romper con patrones culturales como el oportunismo

y el asistencialismo, que se encuentran profundamente arraigados en nuestra sociedad. Por ello, estos vecinos asociaron a la asamblea con los viejos referentes barriales como los centros vecinales, las unidades básicas, los comités, etc.; buscando soluciones inmediatas a problemas materiales. Fue difícil para la asamblea lograr que el vecino la reconociera como un nuevo espacio de participación y de construcción democrática, porque los comportamientos ciudadanos necesitan tiempo para comprender los cambios sociales.

Es interesante valorar que la asamblea pudo resistir tanto a la cooptación por parte de los partidos de izquierda como a la intención, por parte del gobierno, de neutralizar estos espacios a través de los planes sociales; pero también hay que destacar que la falta de recursos materiales y la escasez de recursos humanos atentaron contra el logro de objetivos desalentando la participación.

Al comienzo de esta organización ciudadana, el reclamo hacia los gobernantes y la proclama “que se vayan todos” unificaron a los miembros de la asamblea, pero cuando entendieron que esto no sería posible y que el gobierno no reconocería esta demanda como legítima, comenzaron a adecuar los distintos intereses y necesidades de los asambleístas. Es entonces que durante el proceso de la asamblea los objetivos se fueron transformando desde un planteo sobre la política hasta devenir en prácticas abocadas a la solución de los problemas cotidianos.

En el inicio de la organización convivieron los diferentes intereses y necesidades, y si bien en algunas ocasiones fue posible lograr el consenso para establecer caminos a seguir, fue dificultoso determinar metas propias de la organización, más allá de los objetivos individuales de los integrantes. A pesar de ello, todos los asambleístas, durante los primeros meses, sintieron que sus objetivos estaban representados en los intereses colectivos del grupo. Por un lado, para quienes tuvieron objetivos socio-económico, la asamblea se abocó prioritariamente a resolver estos temas, y si bien en algunos casos no se obtuvieron logros, los asambleístas fueron concientes del esfuerzo y del tiempo dedicado en las reuniones y actividades a estas cuestiones. Es necesario aclarar que este grupo fue más impaciente con los resultados de la acción

colectiva, y al no concretarse todos los resultados esperados, experimentaron una frustración que se extendió al resto de la asamblea.

Por otro lado, para los asambleístas que tuvieron motivaciones políticas, los proyectos productivos significaron la posibilidad de construir una "nueva sociedad" a partir de la creación de una economía solidaria, bajo la consigna de: "trabajar, producir y vivir con lo nuestro". Con esta consigna también intentaron revalorizar la solidaridad y los valores reforzando la identidad nacional. Debemos aclarar que estos asambleístas esperaban resultados demasiado ambiciosos para las posibilidades de realización con las que contaban, es decir, que se propusieron lograr objetivos bastante alejados de los posibles resultados de alcanzar por esta acción colectiva.

A este grupo no le fue difícil negociar sus intereses políticos con el resto del grupo, sin que esto haya significado olvidar sus objetivos, los que se pensaban concretar a largo plazo. Su intención con las actividades fue formar y agrupar a toda la gente que pensara de la misma manera para luego conformar un frente político con otras asambleas y constituirse en una alternativa política. Por este motivo fueron menos impacientes con los logros que esperaban obtener con la acción colectiva. Además, por la magnitud de la propuesta fue difícil programar los pasos para llevarla adelante, y por demás costoso trabajar para lograrla. Entonces, de común acuerdo se abocaron a los proyectos concretos, a corto y mediano plazo.

Un elemento esencial que posibilita la acción cooperativa es la presencia de objetivos comunes entre los involucrados, otro es la repetición de las oportunidades de cooperación surgidas entre los participantes que fortalezcan lazos comunitarios, y contribuyan a formar una identidad. Ello proporciona, al menos, dos evidencias. Una de ellas es acerca de la conducta de los otros, sobre todo si se tiene en cuenta la posibilidad del comportamiento oportunista, la segunda evidencia es la posible comprobación de la obtención de resultados acordes con los objetivos compartidos. Resulta importante detenerse en los objetivos que tuvo este espacio para remarcar el desdibujamiento de los mismos al considerar diacrónicamente el proceso de permanencia de la asamblea. El surgimiento de este espacio se sostuvo en objetivos e intereses relacionados con una posible solución a los problemas de carácter político-económicos coyunturales. Con el transcurso de los meses y ante la

imposibilidad de realización de los anteriores, la asamblea terminó realizando eventos en el interior del barrio que carecían de todo interés político, reproduciendo aquellas prácticas de las organizaciones barriales tradicionales.

Para ingresar en lo que fue el **desmoronamiento** de la asamblea, es necesario hacer referencia a que las acciones colectivas implican ciertos costos de participación para sus integrantes. Los participantes de la acción los evalúan y trabajan en función de los resultados que obtendrán. Pero, en relación a esto es necesario considerar que según Hirschman (1995:104) “la defensa prolongada pero en gran medida ineficaz de una causa generará frecuentemente el desaliento y el abandono eventual de una lucha que se siente inútil”. Porque además, es necesario mencionar que muchas veces quienes emprenden acciones colectivas esperan resultados inmediatos y totalmente opuestos a la situación que desean cambiar, en algunas ocasiones, estas expectativas aparecen como el “producto de la imaginación de los ciudadanos que muy probablemente se encontrará alejado de la dura realidad que resultará de la acción pública”. Esta diferencia entre la realidad y la imaginación provoca desilusión, desaliento y deserción en los integrantes de la acción colectiva. En la línea de análisis de las organizaciones colectivas, Clauss Offe (1996: 221,222 y 224) expone otros motivos que pueden provocar el desmoronamiento de estas organizaciones. Este tipo de organizaciones son informales en su modo de actuar y de manejar la autoridad y esto es siempre una debilidad para su continuidad en el tiempo. Según este autor, las organizaciones informales son aquellas que no poseen reglas ni procedimientos formalmente reconocidos para resolver los conflictos, y además poseen un bajo grado de diferenciación horizontal y vertical. Dependen directamente de sucesos que ocurren en su entorno social creando las ocasiones para la acción.

Las organizaciones formales son, en cambio, menos dependientes y afectadas por los sucesos que ocurren en sus alrededores. Por el hecho de ser formales tienen capacidad para “esperar”, es decir, para continuar existiendo durante un tiempo aunque “no ocurra nada”. Es decir que la situación de injusticia es el componente exógeno y puede desaparecer, pero no como resultado de la acción colectiva. Lo que puede hacer disminuir el sentimiento de agencia, obstaculizar el proceso de construcción de la identidad, no apreciar

la justa magnitud de los logros alcanzados; en fin, generar circunstancias que logren que los miembros de una organización antepongan sus intereses individuales por sobre los colectivos, frustrando la continuidad de la acción colectiva. Ante la ausencia de reglas y procedimientos institucionales formalmente reconocidos para resolver los conflictos, no queda otra alternativa que la de alcanzar la unanimidad o separarse. Esto refleja algunos de los problemas que deben enfrentar estas organizaciones referidos al componente agencia, necesario para la acción, la identidad común de los miembros en la organización y la cooperación; porque muchos integrantes poseen poca disposición a aceptar compromisos, ya que sólo colaboran esperando concesiones inmediatas de la organización.

Otra cuestión que deben afrontar las organizaciones colectivas es que muchas de ellas sólo pueden desarrollar perspectivas estratégicas rudimentarias sobre soluciones positivas a los problemas políticos. Además, tienen pocas posibilidades de negociación con el poder político porque no tienen nada que ofrecer (excepto la garantía del orden público) como contrapartida a las concesiones que se les puedan hacer a sus exigencias. La supervivencia de las organizaciones colectivas depende de mecanismos organizativos y/o ideológicos formalizados y explícitos que aseguren su coherencia y continuidad. Es decir, que la institucionalización fuerte de una organización tal vez le permita sobrevivir pero precisamente, en algunas nuevas condiciones, como las vividas por la sociedad argentina desde fines de los noventa y principio de 2000, exista un profundo rechazo por esa fuerte institucionalización.

La asamblea no fue una instancia que produjo grandes cambios, pero sirvió como espacio de contención para todos los vecinos que formaron parte de ella, además creó nuevos lazos comunitarios y solidarios entre los miembros. Posibilitó el encuentro entre personas diferentes, pero de la misma comunidad barrial, y allí, a pesar de la heterogeneidad del grupo tuvieron la oportunidad de escuchar, ser escuchados por sus pares y buscar soluciones colectivas a los problemas de la vida cotidiana, además de reconstruir redes de contención.

A pesar de ello, no pudieron conjugar los diferentes objetivos lo cual junto a algunos comportamientos oportunistas y a la ausencia de una estructura de autoridad impidieron conformar una organización estable y duradera. Esto esta

en relación con nuestra última hipótesis debido a que la asamblea dejó de responder a las necesidades e intereses de los asambleístas y de esta manera se desgastaron en la participación, sensación agravada por la ausencia de resultados, es decir, que percibían que los costos eran mayores que los beneficios, sobretodo en los vecinos menos involucrados en expectativas militantes. Además, otro obstáculo para esta acción colectiva fue la imposibilidad de realizar tácticas que les permitieran negociar con las estructuras políticas para lograr sus objetivos, ya que no se pensaron como interlocutores formales frente a las autoridades. La propuesta de construir un ámbito democrático sin formalismos también fue un componente de negación del sistema político pero no propició la continuidad de la asamblea.

Otro impedimento para la consolidación y continuidad de este espacio fueron las insuficientes estrategias de comunicación para lograr sumar nuevos vecinos; las mismas, al ser escasas y rudimentarias no fueron adecuadas ni eficaces para hacer conocer la existencia y la propuesta de la asamblea. Un ejemplo de la escasez de estas estrategias fue la limitada circulación de los afiches y volantes dentro del mismo barrio, restringida por los contactos interpersonales de los asambleístas con sus vecinos.

Entonces, el proceso por el que transcurrió la asamblea fue agotando el sentimiento de agencia que presentaban en un comienzo, generando frustraciones respecto a la participación en la vida pública y provocando la retracción de algunos asambleístas a la vida privada nuevamente.

Sin embargo, otros asambleístas continuaron comprometidos con la participación en la vida pública; a partir de las relaciones que se conformaron entre las distintas asambleas a través de redes alternativas de comunicación, se reconstruyeron viejos espacios de participación ciudadana cercenados décadas atrás, y además, comenzaron a emerger nuevos ámbitos ciudadanos.

Es así que muchos militantes se reencontraron con compañeros de experiencias anteriores en las diferentes asambleas y a partir de allí surgió la necesidad de conformar espacios de participación que contuvieran sus objetivos y necesidades.

Asimismo, los jóvenes y las mujeres del barrio, posteriormente, también formaron nuevos grupos acordes a sus necesidades e intereses abocándose a

trabajar para dar respuestas a cuestiones sociales y a objetivos mucho más limitados, manejables y de acuerdo a los recursos con que contaban.

Para algunos asambleístas que no contaban con experiencias previas de participación en organizaciones colectivas, la asamblea significó no sólo la salida por primera vez al espacio público, sino también, la posibilidad de entablar nuevos vínculos interpersonales. Mientras que para aquellos con experiencias de participación en organizaciones colectivas, este espacio fue una instancia más de militancia, valorada por la oportunidad de volver a la vida pública y allí reencontrarse con antiguos compañeros.

Desde la salida a la calle hasta la conformación de este espacio, los vecinos del barrio incursionaron en una práctica de aprendizaje ciudadano, donde, a través de la participación, ejercieron sus derechos y asumieron sus responsabilidades como ciudadanos buscando espacios de construcción. Que éstos se hayan encontrado en un espacio común para discutir sobre sus problemas, grandes y pequeños, les permitió cuestionar el poder político y desde allí plantearse la necesidad de “vigilar” el compromiso de representación del dirigente con el elector, participando directamente e involucrándose en los asuntos públicos.

De esta manera y a partir del surgimiento de las asambleas barriales, la ciudadanía adquiere una nueva dimensión en donde el vecino deja su pasividad de ciudadano elector para comenzar a involucrarse y velar por lo público, sabiendo que tiene derechos que deben ser respetados.

Bibliografía

- Arblaster, Anthony. (1991) Democracia, Editorial Nueva Imagen, México. Pp.172
- Cavarozzi, Marcelo. (1997) Autoritarismo y Democracia (1995-1996) La transición del Estado al Mercado en Argentina, Editorial Ariel, Buenos Aires, Cap. 3.
- Eggerstton, Thrainn. (1996) El comportamiento económico y las instituciones, Alianza Económica, Barcelona.
- Escolar, Calvo, Calcaño y Minvielle. (2002) “Últimas imágenes antes del naufragio: las elecciones del 2001 en Argentina” en Revista Desarrollo Económico Vol. 42 N° 165. Abril-Junio 2002.

- Gamson, Williams A. (1995) "Construyendo la protesta social" en Johnston, Hank and Klandermans, Bert (edit), en *Social Movements and Cultura*, University of Minnesota Press, Traducción Cátedra Historia Argentina Contemporánea. Pp. 85-106.
- Hirschman Albert O. (1981) *Enfoques alternativos sobre la sociedad de mercado y otros ensayos recientes*. Fondo de Cultura económica. Ed. España, Cap. V, VI y VII.
- Kymlicka, Wild y Norman Wayne. (1997) "El retorno del ciudadano. Una revisión de la producción reciente en teoría de la ciudadanía." *Agora*. Cuaderno de estudios políticos. N° 7 Año 3. Buenos Aires, Argentina.
- Marshall, T.H. y Bottomore, Tom. (1999) *Ciudadanía y clase social*. Editorial Alianza. Madrid.
- Mayer, Sald. (1999) "Cultura, ideología y creación de marcos estratégicos" en Mc. Adam, Doug, Mc. Carthy, John y Mayer, Sald en *Movimientos Sociales: Perspectivas Comparadas. Oportunidades Políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Editorial Istmo, Madrid, España.
- North, Douglas C. (1993) *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México, pp. 190.
- O' Donell, Guillermo. (1993) *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Offe, Clauss. (1996) *Partidos Políticos y nuevos movimientos sociales*. Editorial Sistema. Colección Política. (s/l)
- Quiroga, Hugo. (1995) *La democracia que tenemos. Ensayos políticos sobre la Argentina actual*, Homo Sapiens, Rosario.
- Quiroga, Hugo. (1996) "Esfera pública, política y ciudadanía. Dilemas de la política democrática argentina" en Gaveglio, S. y Manero, E. *Desarrollo de la teoría política contemporánea*, Homo Sapiens, Rosario. Pp. 81-97.